



OPINIÓN

Rafael Termes, maestro

Hay despedidas que no por inesperadas, resultan menos dolorosas. La de Rafael Termes es una de ellas. Con Rafael se nos marcha un protagonista importante de la historia contemporánea de España, un maestro, un amigo. Muchas personas recordarán su papel decisivo en la transición política y económica, en la modernización del sector bancario, o en la puesta en marcha del IESE. En estos y otros ámbitos, Rafael ha dejado una estela positiva, un ejemplo de compromiso, profesionalidad y cordialidad.

Rafael fue un maestro de lo sencillo. Era certero y enseñaba sin pretenderlo. Sabía estructurar los argumentos sobre asuntos complejos, para hacerlos comprensibles. A finales de los años 1950, introdujo en España a través de sus clases en el IESE, su trabajo en el mundo de la empresa, y su tarea de investigación y divulgación, muchos conceptos de las finanzas modernas, hasta entonces desconocidos en nuestro país. Con profundidad académica y sentido práctico, enseñó finanzas a generaciones de empresarios y directivos en España, que aprendieron de él conceptos como el fondo de maniobra o el coste del capital, que en aquella época parecían proceder de otra galaxia.

Durante la segunda mitad de los años 70 y la década de los 80, en plena transición política, sus análisis y diagnósticos sobre los problemas y retos de la economía española fueron una referencia para el mundo empresarial

Jordi Canals

 Director General
 del IESE


y político. Con una eficaz pedagogía logró -con otros protagonistas de aquellos años- que muchos españoles comprendieran la importancia del control de la inflación o del déficit público, la mejora de la competitividad del sector exterior y de un entorno con bajos tipos de interés para impulsar la inversión y la creación de empleo. La transición política y económica española fue posible gracias al esfuerzo de muchos ciudadanos como Rafael que, desde puestos de responsabilidad importantes, sirvió al país sin hacerse notar, con discreción.

Dotado de una capacidad asombrosa, fuera de lo corriente, era capaz de transmitir mensajes complejos a públicos muy diferentes. Escucharle era ver en acción a un hombre que irradiaba claridad, sencillez y cordialidad. Parecía que nos dibujaba con nítidos trazos de colores diversos cada respuesta a las cuestiones que se le planteaban. Seguir su razonamiento era siempre un gozo.

Con Rafael se podía hablar de todo. Ha estado presente en todas las

tribunas del país, aquellas que estaban más cerca de sus ideas y aquellas que no lo estaban tanto. Era una persona reflexiva que escuchaba los argumentos y atendía a su interlocutor con interés y afecto. Procuraba hacerlo con la actitud de quien desea aprender. Tenía sus ideas propias en muchos campos que defendió con claridad desde el rigor intelectual. Nunca quiso hacer de ellas una cuestión de fe, virtud que reservaba para las enseñanzas de la Iglesia Católica.

Rafael se empeñó por hacer de su vida un servicio constante a los demás, olvidándose de lo suyo, de sus cosas. Un reciente botón de muestra. Hasta las últimas semanas de su vida, cuando ya apenas impartía clases, quiso seguir ayudando a alumnos del programa Executive MBA del IESE con su consejo y experiencia. Les atendía semanalmente, les ayudaba, se preocupaba por sus cosas, les quería. Uno de ellos, en una ocasión, se preguntaba por su secreto: "¿Cómo es posible que una persona de la categoría de D. Rafael, a su edad, nos dedique tanto tiempo?". Yo tengo una respuesta: Rafael pretendió vivir con coherencia su fe cristiana. Comprendió que la vida de un hombre, de una mujer, adquieren pleno sentido, no cuando se alcanza la cima del éxito profesional, sino cuando los dones recibidos de Dios se ponen al servicio de los demás, allí donde se esté en cada momento, sin esperar nada a cambio.